

El tiempo del silencio ha concluido

Federico Mayor Zaragoza

*“Es apremiante actuar.
Mañana puede ser tarde”.*

“Transformar el mundo” es el título de la crucial Resolución aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas en octubre de 2015, que incluye los Objetivos de Desarrollo Sostenible, propios de la “Agenda 2030”. Han transcurrido cinco largos años desde aquellos momentos que, unidos a los casi simultáneos Acuerdos de París sobre el Cambio Climático, constituyen un destello esclarecedor de horizontes tan sombríos. Fugaz esperanza porque hoy está claro que no serán los gobiernos quienes aseguren su puesta en práctica.

Para que se cumpla la Agenda 2030 de esenciales requerimientos para una vida digna a escala mundial es preciso decidir, cada amanecer, a escala personal, que no podemos demorar la adopción de las medidas que permitirían la puesta en práctica de estos objetivos. Pero atención, mucha atención, porque estamos siendo objeto de una gran presión mediática y nos hemos convertido en espectadores de casi todo y en actores de casi nada.

No podemos perder ni un minuto más. Sobran diagnósticos y faltan tratamientos a tiempo. Urgidos por la conciencia de que se trata de procesos potencialmente irreversibles, no debemos aplazar la acción decidida y denodada, porque mañana puede ser tarde. Sería una irresponsabilidad humanamente inadmisibles que el legado de las generaciones presentes a las futuras fuera un mundo con la habitabilidad deteriorada.

Derecho a una vida digna. Todos los seres humanos tienen derechos inherentes y el derecho supremo es vivir en el pleno ejercicio de las facultades distintivas de la especie humana.

Es imperativo y apremiante recuperar a las Naciones Unidas que permitieron al mundo remontar el vuelo desde las cenizas de la Segun-

da Guerra Mundial; las que aprobaron el 10 de diciembre de 1948 la **Declaración Universal de los Derechos Humanos**, que constituye una pauta de hondo calado –cuya imperiosa necesidad se agiganta en estos momentos– para orientar la gobernación del mundo. Corresponde hoy a “Nosotros, los pueblos” –como tan lúcidamente se inicia la Carta– reclamar, a los 73 años de ese gran referente ético a escala planetaria, una reforma profunda del Sistema que, con una Asamblea General compuesta a partes iguales de representantes de los Estados y de la sociedad civil, y dotada de los recursos personales, financieros, de defensa y técnicos adecuados, pudiera hacer frente a los desafíos globales con diligencia y eficiencia, y, en breve plazo, permitiera la adopción de una **Declaración sobre la Democracia**, único contexto en el que puede asegurarse el pleno ejercicio de los derechos humanos y cumplir las responsabilidades intergeneracionales.

Ya disponemos de un borrador bastante elaborado sobre las dimensiones ética, social, política, económica, cultural e internacional de la democracia (<https://declaraciondemocracia.wordpress.com/>). Faltan el convencimiento y la voluntad política. “Nosotros, los pueblos”, nunca más espectadores impassibles sino actores implicados, debemos comprometernos a reclamar con grandes clamores presenciales y en el ciberespacio, los cambios que eviten el progresivo deterioro de la habitabilidad de la Tierra. Solo una democracia genuina a todos los niveles podría reconducir y esclarecer las tendencias actuales.

Insisto y subrayo que la solución es la democracia a escala local y mundial: la voz de los pueblos, **de todos los pueblos**. Con ellos alcanzaríamos la “solidaridad intelectual y moral de la humanidad” que proclama la constitución de la UNESCO, uno de los documentos más luminosos del siglo XX, que comienza así: “Puesto que las guerras nacen en las mentes de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz”. Cons-

truir la paz a través de la **educación de todos durante toda la vida**.

Ya está claro: el sistema económico actual, basado en la especulación, la deslocalización productiva y la guerra -mueren cada día más de 20.000 personas de hambre y desamparo al tiempo que se invierten en armas y gastos militares 4.000 millones de dólares- debe dar paso a una economía basada en el conocimiento, que procure el desarrollo humano y sostenible a escala global.

Entre tanto, de modo inmediato para evitar alcanzar puntos de no retorno, seguir la iniciativa del International Peace Bureau de “desarme para el desarrollo”. Bastaría con el 20% de las descomunales cifras arriba indicadas para la puesta en práctica de las prioridades definidas hace tiempo por las Naciones Unidas: alimentación, agua potable, servicios de salud, cuidado del medioambiente, educación y paz.

Hoy más que nunca, son precisas unas Naciones Unidas fuertes, que cuenten con el apoyo de todos los países de la Tierra y, en primer lugar, de los más poderosos, para “evitar a las generaciones venideras el horror...”. Unas Naciones Unidas plenamente facultadas para asegurar la puesta en práctica de los ODS, asegurando que el desarrollo es integral, endógeno, duradero, humano, y que los recursos de toda índole -el conocimiento muy en primer término- se distribuyen adecuadamente, al tiempo que se preserve la diversidad sin fin de la especie humana -diversidad que es su mayor riqueza- con la fuerza que le confiere su unión alrededor de unos valores básicos aceptados por todas las creencias e ideologías.

Hace tan solo unos años, esta iniciativa habría quedado en los anaqueles, como ha sucedido con tantos otros proyectos muy relevantes. Pero ahora son “los pueblos”, integrados por ciudadanos del mundo conscientes de la naturaleza planetaria de los desafíos, los que darán cumplida respuesta. Ahora, por primera vez en la historia, y gracias en buena medida a la tecnología digital, ya saben lo que acontece, ya pueden expresarse libremente y, sobre todo, la mujer ya figura progresivamente, hasta alcanzar la total igualdad, en el escenario público. “Los pueblos” ya tienen voz. Y por mucho que intente distraerles el inmenso poder mediático, manifestarán su voluntad. En otro caso, delito de silencio...

Todos iguales, todos distintos, capaces de inventar el futuro. Todos dispuestos a ayudar a todos, porque el mundo es ya -como anticipó Einstein- “uno o ninguno”.

Todos los seres humanos iguales en dignidad... y, como establece el artículo 1º de la Declaración Universal, todos unidos “fraternamente”... por lazos de “solidaridad intelectual y moral” como apostilla uno de los documentos que son referentes indispensables para que, en esta ocasión, los ODS sean realidad el año 2030: la Constitución de la UNESCO.

El sistema económico actual, basado en la especulación, la deslocalización productiva y la guerra, debe dar paso a una economía basada en el conocimiento, que procure el desarrollo humano y sostenible a escala global

Cuando hablamos de solidaridad, pensamos con frecuencia más en el socorro que en la ayuda. El socorro será más excepcional cuanto más habitual sea la atención a los más menesterosos, cuanto más habitual sea el ejercicio de la fraternidad, de la solidaridad.

Se trata de ir reduciendo, internacionalmente, intranacionalmente, las asimetrías y disparidades, para tejer un nuevo tejido social de hebras de distinto color y tersura, de tal forma que, **todos distintos, pero todos unidos**, podamos evitar los desgarros, tan frecuentes como irreparables, que hoy proliferan en todo el planeta. Solo así podrán restañarse las heridas, solo así podrán mitigarse y evitarse tantas desventuras y sufrimientos por desamparo. Hebras distintas, pero todas ellas fuertes, resistentes, acostumbradas a soportar inclemencias. Hebras “fraguadas” en las escuelas, en las familias, en los medios de comunicación, en el trabajo, en la escucha.

Ya tenemos voz y debemos alzarla. No podemos continuar permitiendo, con nuestro silencio, la explotación de los recursos naturales de los países menos avanzados por aquellos

que debieran haberles ayudado a su desarrollo endógeno, el éxodo de los mejores talentos y un progresivo abismo entre las condiciones de vida de los prósperos y los menesterosos. Grandes masas excluidas y hambrientas –miles de seres humanos mueren cada día de inanición– proclaman la urgente necesidad de corregir los actuales modelos de desarrollo, ya que **no es solo la presente inestabilidad lo que está en juego sino las propias condiciones de vida sobre la Tierra para nuestros descendientes.**

Es insoslayable constatar y alertar sobre el deterioro progresivo de las condiciones de habitabilidad de la Tierra, conscientes de que debemos actuar sin dilación porque se está llegando a puntos de no retorno en cuestiones esenciales del legado a nuestros descendientes

Hoy está claro que no se puede dejar en manos de unos cuantos –y mucho menos solo en las del “mercado”– la gobernación del mundo, sino que debe hacerse sobre la base de unos principios generalmente reconocidos. Bien entendido, la paz y la justicia no dependen solo de los gobernantes. Dependen sobre todo de cada uno de nosotros, que debemos saber construirla en nosotros mismos, en nuestras casas, evitando la violencia en y con nuestro entorno.

Cuando observamos los arsenales colmados de cohetes, bombas, aviones y barcos de guerra, submarinos... y volvemos la vista hacia los miles de seres humanos que mueren de hambre cada día, y hacia los que viven en condiciones de extrema pobreza sin acceso a los servicios de salud adecuados... es insoslayable constatar y alertar sobre el deterioro progresivo de las condiciones de habitabilidad de la Tierra, conscientes de que **debemos actuar sin dilación porque se está llegando a puntos de no retorno en cuestiones esenciales del legado a nuestros descendientes.**

Es urgente un nuevo concepto de seguridad, estar completamente preparados para reducir

el impacto de terremotos, inundaciones, incendios, tsunamis ... y proteger **a las personas** cuyos territorios están tan bien defendidos. Las “cinco prioridades de la ONU”: alimentos, agua, servicios de salud, medio ambiente y educación deben proporcionarse a todos sin exclusión. Solo así, con una democracia genuina, que asegure la igual dignidad humana, será posible el sueño de la **transición de una cultura de imposición, dominación y guerra a una cultura de encuentro, diálogo, conciliación, alianza y paz. ¡De la fuerza a la palabra!** Es –esta y no otra– la seguridad que “Nosotros, los pueblos...” anhelamos y merecemos.

Me gusta repetir que el pasado ya está escrito. Solo podemos describirlo, y debemos hacerlo fidedignamente. Recordar para no repetir los errores sino para aprender de ellos. Solo podemos escribir el “por-venir” que está “por-hacer”. El futuro podemos y debemos escribirlo todos juntos, inspirados en los grandes valores universales, en favor de la dignidad de toda la especie humana y recordando siempre que somos ¡“Nos-otros”!

Ya estamos en la “nueva era”... Ya sabemos que, desde hace algunos años, la demografía y la actividad propia de la especie humana afectan la habitabilidad de la Tierra. También es cierto que, por primera vez en la historia, los seres humanos pueden disponer de una información global y convertirse en **ciudadanos del mundo, conscientes de la naturaleza de las amenazas y de la necesidad de una respuesta adecuada y oportuna.**

“Nos-otros”, distintos pero unidos por unos principios universales que guían nuestro destino inexorablemente común. Como en el barco leonardino que, cuando se abate la tormenta y se encrespan las aguas, súbitamente no hay a bordo mujeres y hombres, pobres y ricos, negros y blancos, jóvenes y adultos... sino únicamente pasajeros que deben colaborar afanosamente para mantener el buque a flote... Encuentro y debate, para presentar nuestras propuestas y conocer las de los otros. **Para inventar conjuntamente un porvenir con faz humana...**

Ha llegado el momento de “Nosotros, los pueblos...”, de la sociedad civil que, plenamente consciente y movilizadora, ya no permanecerá en silencio. ●